



CASSANDRA CLARE
Y WESLEY CHU

Los manuscritos rojos de la magia

CAZADORES DE SOMBRAS
LAS MALDICCIONES ANCESTRALES

LIBRO I

A medida que la saga Cazadores de Sombras ha ido creciendo y evolucionando, uno de los personajes que mayor fuerza y atractivo ha cobrado entre los fans es Magnus Bane: seductor, irreverente y con un enorme poder, deja un recuerdo imborrable.

En esta nueva trilogía, Cassandra Clare toma a este personaje como protagonista para desarrollar una nueva rama dentro del universo Cazadores de Sombras. Así, seguiremos el romance de Magnus y Alec mientras viajan por Europa, donde descubrirán que una pequeña broma de Bane ha alcanzado dimensiones desproporcionadas y se ha convertido en un culto demoníaco llamado la *Mano Escarlata*, que está sembrando el pánico por doquier. Para resolver el malentendido y detener el caos, Magnus y Alec deberán encontrar al líder de la secta y enfrentarse a él combinando sus poderes.

Índice de contenido

Cubierta

Los manuscritos rojos de la magia

Primera parte: Ciudad del amor

1. Choque en París
2. Tu nombre escrito en las estrellas
3. La Mano Escarlata
4. Mucho aguanta
5. Mercado de Sombras
6. Enfrentamiento en la oscuridad
7. El Orient Express
8. Velocidad del fuego
9. Shinyun

Segunda parte: Ciudad de máscaras

10. Laberinto de agua
11. Máscaras
12. Pisa con cuidado
13. Envuélveme en tu belleza
14. Marea alta
15. Mori Shu
16. Los manuscritos rojos de la magia
17. Secretos amargos

Tercera parte: Ciudad de guerra

18. Tesoros que perduran
19. Atado en el cielo
20. Aqua Morte
21. Fuego en la Mano Escarlata
22. El Gran Veneno
23. La sangre de Helen Blackthorn

24. La hija maldita
25. Cadenas de magia
26. Antiguos pecados
27. Forjado en fuego
28. El príncipe de los idiotas
29. El caballero del idita
30. Las secuelas de la gloria
31. La cualidad de la clemencia

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de los autores

Notas

Porque todos nos merecemos una gran historia
de amor.

C. C.

Al amor, la mayor aventura.

W. C.

Desear la inmortalidad es desear la duración
eterna de un gran error.

ARTHUR SCHOPENHAUER

Ahora percibo el misterio de tu soledad.

WILLIAM SHAKESPEARE

PRIMERA PARTE
Ciudad del amor

No puedes escapar del pasado en París.

ALLEN GINSBERG

1

Choque en París

Desde la plataforma de observación de la Torre Eiffel, la ciudad se extendía a los pies de Magnus Bane y Alec Lightwood igual que un regalo. Las estrellas titilaban como si supieran que tenían competencia, las calles adoquinadas eran filigranas de oro y el Sena formaba una cinta anudada alrededor de una elegante caja de bombones. París, la ciudad de los bulevares y los bohemios, de los amantes y del Louvre.

París también había sido el escenario de muchos de los percances más vergonzosos de Magnus y de algunos de sus peores planes, junto a varias catástrofes sentimentales. Pero, en ese momento, el pasado no importaba.

Esta vez, Magnus tenía toda la intención de que todo saliera bien en París. Durante sus cuatrocientos años de recorrer el mundo, había aprendido que allá donde fueras, lo importante era con quién lo hicieras. Miró a Alec Lightwood, al otro lado de la mesita, que no prestaba atención ni al brillo ni al encanto de París mientras escribía postales para enviar a su familia, y sonrió.

Siempre, al final de cada postal, Alec añadía: «Ojalá estuvieras aquí. —Y cada vez, Magnus le cogía la postal y escribía con una floritura—: Aunque, en realidad, no».

Alec encorbaba los anchos hombros sobre la mesa al escribir. Las runas le serpenteaban sobre la musculatura del brazo; una de ellas se le desvanecía en el cuello, justo bajo el limpio borde del mentón. Sobre los ojos le caía un mechón de su siempre alborotado cabello. Magnus tuvo el im-

pulso pasajero de extender la mano y echarle el pelo hacia atrás, pero se contuvo. A veces, Alec se cohibía ante las muestras públicas de afecto. Quizá ahí no hubiera ningún cazador de sombras, pero tampoco todos los humanos corrientes aceptaban de forma natural esos gestos. Magnus deseó que no fuera así.

—¿Perdido en profundos pensamientos? —le preguntó Alec.

—Intento que no —replicó Magnus resoplando.

Disfrutar de la vida era esencial, pero a veces resultaba un esfuerzo. Planear el viaje perfecto a Europa no había sido fácil. Magnus se había visto obligado a diseñar varios planes brillantes por su cuenta. Y se imaginó intentando describir sus particulares requisitos a una agente de viajes.

—¿Quiere ir a algún sitio? —le podría haber preguntado esta al entrar.

—Las primeras vacaciones con mi nuevo novio —quizá le habría contestado Magnus, ya que poder decir al mundo que estaba saliendo con Alec era una novedad, y le gustaba alardear de ello—. Muy nuevo. Tan nuevo que aún tiene ese olor a coche recién estrenado.

Tan nuevo que aún estaban aprendiendo cada uno los ritmos del otro, y cada mirada o caricia se convertían en un movimiento dentro de un territorio tan maravilloso como extraño. A veces se sorprendía a sí mismo mirando a Alec, o encontraba a este mirándolo; una maravillosa sorpresa. Era como si cada uno de ellos hubiera descubierto algo inesperado pero infinitamente deseable. Aún no estaban seguros el uno del otro, pero querían estarlo.

O al menos eso era lo que deseaba Magnus.

—Es la clásica historia de amor. Le tiré los trastos en una fiesta, él me pidió para salir, luego luchamos codo con codo en una épica batalla mágica entre el bien y el mal, y ahora necesitamos unas vacaciones. Es que él es cazador de sombras —diría Magnus.

—Perdone, ¿qué? —le preguntaría su imaginaria agente de viajes.

—Oh, ya sabes cómo es. Hace mucho tiempo, el mundo sufría una invasión de demonios. Piensa en un *Black Friday*, con más ríos de sangre y unos cuantos menos alaridos de pánico. Como le ocurre en los momentos de desesperación al noble y sincero, y por lo tanto, nunca a mí, apareció un ángel. El ángel concedió a sus guerreros preferidos y a todos sus descendientes el poder de los ángeles para defender a la humanidad. También les dio su propio país secreto. Al ángel Raziel le iba lo de los dones. Los cazadores de sombras siguen con su lucha a día de hoy, protectores invisibles, deslumbrantes y virtuosos, y la definición sin ironía de «más santo que tú». Es de lo más molesto. ¡Son literalmente más santos que tú! Sin duda mucho más santos que yo, que nací de un demonio.

Ni Magnus llegaba a imaginar lo que diría la agente de viajes ante eso. Seguramente solo balbucearía confusa.

—¿He olvidado decirlo? —continuaría Magnus—. Hay seres muy diferentes de los cazadores de sombras; también están los subterráneos. Alec es vástago del ángel, y también el hijo de una de las familias más antiguas de Idris, la patria de los nefilim. Estoy seguro de que a sus padres no les habría gustado verlo saliendo con un hada, o un vampiro, o un licántropo, en Nueva York. Y estoy aún más seguro de que habrían preferido uno de esos a un brujo. Mi gente está considerada como la más peligrosa y sospechosa del inframundo. Somos hijos de demonios, y yo soy el hijo inmortal de cierto Demonio Mayor de infausta fama, aunque tal vez haya olvidado mencionar ese detalle a mi novio. Se supone que los cazadores de sombras respetables no llevan a los de mi clase a casa para presentarlos a mamá y papá. Tengo un pasado. Tengo varios pasados. Además, también se supone que los buenos chicos cazadores de sombras tampoco deben tener novios que llevar a casa.

Solo lo había hecho Alec. Se había plantado en el salón de sus ancestros y había besado a Magnus en la boca ante los ojos de todos los nefilim allí reunidos. Había sido la sorpresa más intensa y encantadora que había recibido Magnus en toda su larga vida.

—Hace poco luchamos en una gran guerra que evitó un terrible desastre a toda la humanidad, aunque la humanidad no está nada agradecida, porque no lo sabe. No recibimos ni gloria ni una compensación económica adecuada, y sufrimos pérdidas indescriptibles. Alec perdió a su hermano, y yo perdí a mi amigo, y a ambos nos irían bien unas vacaciones. Me temo que lo más parecido a cuidarse que Alec ha hecho nunca es comprarse un cuchillo nuevo y reluciente. Quiero hacer algo agradable por él y con él. Quiero apartarnos del lío que son nuestras vidas, y ver si podemos idear un modo de estar realmente juntos. ¿Tienes un itinerario recomendado?

Incluso en su imaginación, la agente de viajes le colgó el teléfono.

No, Magnus se había visto obligado a preparar él solo una elaborada escapada romántica a Europa. Pero era Magnus Bane, glamuroso y enigmático. Podía preparar un viaje así con una gran clase. Un guerrero elegido por los ángeles y el elegante hijo de un demonio, enamorados y buscando la aventura por Europa, ¿qué podía ir mal?

Considerando el tema de la elegancia, Magnus se inclinó la boina en un ángulo sofisticado. Alec alzó la mirada hacia él un momento y la dejó alzada.

—¿Te has decidido a ponerte una boina? —le preguntó Magnus—. Solo tienes que decirlo. Resulta que tengo varias boinas ocultas en mí. De diferentes colores. Soy una cornucopia de boinas.

—Voy a pasar de la boina —contestó Alec—. Pero gracias.

Las comisuras de la boca se le curvaron hacia arriba, una sonrisa insegura pero auténtica.

Magnus apoyó la barbilla en la mano. Quería saborear ese momento con Alec, con un cielo estrellado y París cargado de posibilidades; y quería guardarlo para poder mirarlo en el futuro. Esperaba que, entonces, ese recuerdo no le resultara doloroso.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Alec—. En serio.

—En serio —respondió Magnus—. En ti.

Alec pareció sobresaltarse ante la idea de que Magnus pudiera estar pensando en él. Era, al mismo tiempo, muy fácil y muy difícil sorprenderlo; la visión y los reflejos de los cazadores de sombras no eran ninguna broma. Ya fuera al torcer una esquina, o en la cama que compartían, solo para dormir, por el momento, hasta que Alec quisiera algo más, este siempre se anticipaba a él. Sin embargo, podía pillarlo con la guardia bajada con algo tan insignificante como enterarse de que ocupaba los pensamientos de Magnus.

En ese momento, Magnus pensaba que ya era hora de que Alec tuviera una auténtica sorpresa. Y resultaba que él tenía una a mano.

París era la primera etapa de su viaje. Quizá fuera un cliché comenzar unas vacaciones románticas en Europa por la Ciudad del Amor, pero Magnus consideraba que lo clásico era clásico por alguna razón. Llevaban allí casi una semana, y Magnus consideraba que era el momento de darle su toque particular a las cosas.

Alec acabó la última postal y Magnus fue a cogerla, pero dejó caer la mano. Leyó lo que Alec había escrito y sonrió, encantado y sorprendido.

En la postal para su hermana, Alec había puesto: «Ojalá estuvieras aquí. Aunque, en realidad, no». Lanzó una mínima sonrisita a Magnus.

—¿Preparado para la siguiente aventura? —le preguntó este.

Alec lo miró intrigado.

—¿Te refieres al cabaret? Las entradas son para las nueve. Deberíamos mirar cuánto vamos tardar en llegar allí desde aquí.

Resultaba evidente que Alec nunca había disfrutado de unas auténticas vacaciones. No paraba de tratar de planear las cosas como si fueran a entrar en batalla.

Magnus agitó una perezosa mano, como si espantara una mosca.

—Siempre hay tiempo para la última sesión en el Moulin Rouge. Date la vuelta.

Señaló hacia atrás por encima del hombro del chico. Alec se volvió.

Bamboleándose bajo el viento racheado, se acercaba a la Torre Eiffel un globo aerostático con grandes rayas lilas y azules. En lugar de una cesta, una mesa y dos sillas estaban colocadas sobre una plataforma de madera que colgaba del globo sujeta con cuatro cuerdas. La mesa estaba preparada para dos, con una rosa colocada en un delgado jarrón en el centro. Un candelabro de tres brazos completaba el conjunto, aunque los vientos que soplaban alrededor de la Torre Eiffel apagaron las velas. Molesto, Magnus chasqueó los dedos y las tres velas volvieron a encenderse.

—Umm —dijo Alec—. ¿Puedes hacer volar un globo?

—¡Claro que sí! —afirmó Magnus—. ¿Te he contado la vez que robé un globo para rescatar a la reina de Francia?

Alec sonrió como si Magnus hablara en broma. Este le devolvió la sonrisa. Lo cierto era que lo de María Antonieta había sido muy difícil.

—Es que... —repuso Alec pensativo—... nunca te he visto conducir un coche.

Se levantó para admirar el globo, que estaba cubierto con un *glamour* que lo hacía invisible. Para los mundanos que los rodeaban, Alec estaba mirando solemnemente al cielo abierto.

—Sé conducir. Y también volar, y pilotar aviones, y dirigir del modo que sea el vehículo que prefieras. No voy a

estrellar el globo contra ninguna chimenea —protestó Magnus.

—Umm —repuso Alec con las cejas fruncidas.

—Pareces perdido en tus pensamientos —comentó Magnus—. ¿Estás pensando en lo glamuroso y romántico que es tu novio?

—Estoy pensando —respondió Alec— en cómo protegerte si estrellamos el globo contra una chimenea.

Al pasar ante Magnus, Alec se detuvo para apartarle de la frente un mechón rebelde. Su gesto fue suave, tierno, aunque reflejo, como si ni se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Magnus ni se había fijado que tenía el pelo ante los ojos.

Bajó la cabeza y sonrió. Que lo cuidaran le resultaba raro, pero pensó que tal vez pudiera acostumbrarse.

Con un *glamour*, Magnus desvió la atención de los mundanos, y luego usó la silla como escalón para subir a la oscilante plataforma. En cuando puso los dos pies sobre ella, sintió como si se hallara sobre suelo firme. Le tendió la mano a Alec.

—Confía en mí.

Alec vaciló un instante, y luego aceptó la mano de Magnus. La cogió con firmeza y una dulce sonrisa.

—Confío.

Siguió a Magnus, saltando ágilmente por encima de la barandilla hasta la plataforma. Se sentaron a la mesa y el globo se fue alzando, un poco a trompicones, como un bote de remos en un mar picado, y flotó sin ser visto, alejándose de la Torre Eiffel. Unos segundos después flotaban muy por encima de los tejados, mientras París se extendía bajo ellos en todas direcciones.

Magnus observó a Alec contemplar la ciudad desde una altura de trescientos metros. Magnus ya había estado enamorado antes, y le había ido mal. Había sufrido y aprendido cómo recuperarse de ese dolor muchas veces.

Si los sentimientos de Alec no duraban, Magnus quería tener, como mínimo, el buen recuerdo de este viaje. Esperaba que fuera los cimientos de algo más, pero si eso era todo lo que iban a compartir, Magnus conseguiría que fuera extraordinario.

El brillo cristalino de la Torre Eiffel fue alejándose. Nadie había esperado que la torre durara tanto tiempo. Sin embargo, ahí estaba, el emblema por excelencia de la ciudad.

Una repentina ráfaga de fuerte viento inclinó la plataforma y el globo descendió de golpe unos treinta metros. Dieron varias vueltas empujados por los vientos racheados antes de que Magnus hiciera un gesto y el globo se enderezara.

Alec lo miró levemente ceñudo, aferrado a los brazos de su silla.

—¿Y cómo manejas los controles de esta cosa?

—¡Ni idea! —respondió Magnus alegremente—. ¡Pensaba usar la magia!

El globo aerostático pasó sobre el Arco de Triunfo con solo unos cuantos centímetros de margen y torció brusca-mente hacia el Louvre, descendiendo hacia los tejados.

Magnus no se sentía tan tranquilo como deseaba parecer. Era un día muy ventoso. Mantener el globo estable, en la dirección correcta e invisible, suponía un esfuerzo mayor del que le gustaba admitir. Y aún tenía que servir la cena. Y seguir manteniendo las velas encendidas.

Un idilio daba mucho trabajo.

Por debajo, oscuras hojas colgaban pesadamente sobre las paredes de ladrillo rojo a lo largo de la orilla del río, y las farolas brillaban de color rosa, naranja y azul en medio de los edificios pintados de blanco y las estrechas calles adoquinadas. Al otro lado se extendían los jardines de las Tullerías, con su estanque redondo observándolos como un ojo, y la pirámide de cristal del Louvre, con un rayo de luz roja atravesándola por el centro. De repente, Magnus pensó en cuando la Comuna de París hizo arder las Tullerías, re-